

Sí, grandes del mundo nacidos y criados en la opulencia; negociantes ocupados en tareas gananciosas; plebeyos encallecidos en el trabajo; literatos empleados en la investigación de la ciencia; hombres todos que salísteis de las manos divinas: vuestro Criador quiere que todos os salveis, y teneis dentro de vosotros mismos un testimonio de esta verdad; os lo da vuestra conciencia con sus remordimientos cuando obráis mal; os lo da ese temor del porvenir, que como yerba amarga acibara siempre la dorada copa de vuestros placeres ilícitos; os lo da esa zozobra que os agita sin cesar, como el vendaval la caña débil; os lo da ese vacío que sentís en medio de vuestras diversiones mundanas, y os lo da, por fin, esa presunción de que haceis uso para no ser tenidos en la sociedad por hombres malos, aunque lo seais en realidad.

¡Ah! ¡Quiera el cielo que, mejor aconsejados para lo sucesivo, empleeis el tiempo de vuestra vida en buenas obras, para que con ellas hagais que vuestra eleccion y predestinacion sea más cierta y firme! Temed al Dios justo, que no puede ménos de castigar al inícuo; amad al Dios piadoso, que os crió para que fuéseis objeto de su amor en la tierra y en el cielo, en el tiempo y en la eternidad.

SERMON MORAL

SOBRE

EL CORTO NÚMERO DE ESCOGIDOS.

(TERCERO DE SEXAGÉSIMA.)

Mulli sunt vocati, pauci vero electi.

Muchos son los llamados, pocos los escogidos.

(MATH. I, xx, 16.)

No debo yo ser hombre de terror: ministro del Evangelio, es mi deber anunciar la paz. Vengo á proferir las mismas palabras que han salido de los lábios de Jesucristo, y no me es lícito revestirme de otro carácter que el que tenía el que anunciaba su doctrina con mansedumbre y humildad de corazón. Es voluntad de Dios que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad; no puede Dios, por ser infinitamente sábio y justo, castigar á la criatura racional si ésta no tiene crímenes: llama á todos los hombres á su gracia y amor, y sin embargo de llamar á todos, sólo unos cuantos tienen la dicha de ser escogidos para gozarle eternamente. Sí; unos cuantos; como los granos del olivo que se han escapado al ojo ávido del labrador que los allega, como las espigas dejadas casualmente en los rastrojos en una abundante siega, como los imperceptibles racimos que el vendimia-

dor abandona entre los frondosos vástagos de cepas sin cuento, así es el número de los que se salvan; quizás de mil, uno sólo tiene la suerte de ser escogido para la gloria.

Con estos símiles ha explicado el benignísimo Dios á los Profetas la terrible suerte que cabe á los hombres, dejándolos en la incertidumbre de su porvenir; pero advirtamos que si Dios tiene palabras de amor para avisar, del centro mismo de estas razones piadosas sale una idea aterradora para el hombre que piensa con cordura. «Dios me ha dado su conocimiento, me ha llamado con acentos de amor, me da unos cuantos momentos de vida temporal para que enderece mis pasos por los caminos de salud: ¿seré yo del número de los que ántes de llegar al alto monte de la celestial Jerusalem tropiezan con una piedra, dan en un pendiente declive y caen sin remedio en el lago del abismo? ¿Seré del número de aquellos hombres afortunados que, trepando por el áspero camino de la vida, consiguen tocar los límites de la pátria dichosa? Una gloria inexplicable, un torrente de placeres indecibles, un amor beatificador es la última gracia que se ha de dar á los hombres; un calabozo tenebroso, un lugar de horror y desorden sempiterno, una mansion de tormento y dolor, son también las últimas moradas que el Dios vengador tiene preparadas para los culpables. ¿Seré yo del número de los primeros ó de los últimos? La luz de la justicia divina, ¿me cegará para arrojarme en los hornos inextinguibles? ¿Seré destinado al lugar de las iras del cielo?»

No era mi intento inspiraros terrores; y con todo, la idea sola de poder pertenecer al número de los predestinados al fuego, me ha hecho helar la sangre en mis venas, y os habrá erizado también á vosotros. ¿Conque es infalible que todos son llamados y pocos escogidos? ¿Conque quizás de este gran concurso que veo en torno de mí

no habrá tres que se salven? ¿Conque todos los demás han de ser destinados á eternos suplicios? Lo ha dicho Jesucristo, y no podemos dudar de que puede ser así; cuantos se hallan en el recinto de este templo han sido llamados al conocimiento de Dios; mas ¡ay! los llamados son muchos, los escogidos pocos: *Multi sunt vocati, pauci vero electi.*

No pretendo cautivar vuestra atención con declamaciones inútiles; una materia que de suyo inspira terror, no necesita más que de una simple exposición; si estais destinados á los gozos eternos ó á las penas sin fin, es un arcano que tiene Dios en su entendimiento divino. Si alguno puede saberlo, por tanto, somos nosotros mismos, y os lo demostraré en dos palabras con una sentencia de Jesucristo: «Yo soy la vid, dijo á sus discípulos, y vosotros los sarmientos; todo sarmiento que no da fruto será cortado y arrojado al fuego.» Y exponiendo estas palabras dice el sublime Agustín: «Los vástagos de la cepa son tanto más gloriosos si están en su tronco, cuanto despreciables y viles si no lo están; ni el labrador puede utilizarse de ellos, ni el artífice emplearlos en obras fabriles. Dos son, pues, los extremos que convienen al sarmiento: ó la vid, ó el fuego; para no ser destinado á las llamas, necesario es que dé fruto en la cepa.» De aquí deduzco yo el más ineluctable argumento, que debe servirnos de saludable aviso é instrucción práctica; según son las ideas y las obras de los hombres, así es su destino actual; según es el hombre en su mocedad, así es también en la vejez; según es la vida, así es la muerte; quien vive como predestinado, muere predestinado; quien vive como réprobo, muere reprobado.

¡Virtudes santas, que morais en los corazones de algunos hombres, estad ocultas, que no quiero nombraros en este día! Voy á enumerar los vicios que estamos palpando, las costumbres del siglo, las ideas de la genera-

cion actual, para demostrar, con una evidencia casi física, que el número de los necios es infinito. Se ha de deducir la reprobacion eterna de las obras que haga el hombre; despues que me hayais oido, os pido con todo el amor de un hermano que, retirados en el santuario de vuestro corazon, penseis en lo que haceis y creeis, para que deduzcais lo que podeis ser en el mundo de la eternidad. Imploramos los auxilios divinos, saludando reverentes á la Madre de las misericordias con las palabras del ángel:

AVE MARÍA.

Cuando el divino Maestro empezó á publicar su doctrina, se llegó á él silenciosamente un príncipe de la sinagoga, deseoso de conseguir el cielo, practicando cuanto Jesus le mandase; y entre otras razones que tuvo con él, le dijo estas palabras: «En verdad en verdad te digo que no puede entrar en el reino de Dios sino aquel que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo.» Palabras breves y compendiosas, como todas las del Salvador. ¿Habeis pensado alguna vez en los medios que os ha proporcionado el cielo para que os salveis? Jesucristo nos declara la imperiosa necesidad de una renovacion como el único recurso que queda al hombre para la consecucion de tamaña felicidad, como es el ser dichoso por toda la eternidad. Aquel hombre verdaderamente sábio y filósofo era Nicodemus.

Arduo y cuesta arriba pareció al noble hebreo el camino que Jesus le enseñaba; volver á nacer siendo ya grande, repugnaba á sus ideas; ser regenerado con agua y Espíritu Santo, no era objeto de su comprension; faltábale aún aquella ciencia sobrenatural que Dios le habia de infundir más tarde, con cuyo auxilio veria la renovacion que operaba el bautismo en aquel que lo recibe;

mas para cautivar aquel espíritu ansioso del bien, Jesus le descubre su mision divina, la veracidad de sus palabras como testigo ocular, la causa de nuestra reparacion, que es el amor infinito de Dios para con el hombre, amor que le obligó á enviar á su Hijo unigénito para que muriese, y por fin le descubre la razon de la perdicion de los hombres, asegurándole que el mundo estaba ya juzgado porque él mismo se habia condenado á la reprobacion. ¿Y en qué consiste este juicio? En que las obras de los hombres eran malas y tenebrosas; vino á alumbrarlos la luz, y los hombres prefirieron las tinieblas. La regeneracion queda anunciada como la tabla de salud en el naufragoso viaje de la vida; se descubre el juicio de Dios ya consumado contra el mundo rebelde, que no recibe la doctrina de la renovacion. Dado, pues, caso que los hombres vean la luz y no la reciban; dado caso que, despues de haber conocido la verdad, la echen los hombres en olvido, ¿hay todavía algun remedio para el prevaricador? El mismo Jesucristo nos lo enseña en mil parajes de su mision: arrepentirse, hacer penitencia, so pena de perecer como los hijos de Sodoma. Más claridad y precision no podia exigir el hombre que desease salvarse.

Segun esta doctrina infalible, se abren las puertas del cielo al inocente y al penitente, quedando reprobado el que no ha sido lavado de sus culpas. Nada hay más sábio que esta doctrina; nada más justo, nada más adecuado á la bondad de Dios, á su ciencia infinita, á todos sus atributos, y nada más conforme á la libertad natural del hombre. Dios es santo por esencia, y no puede vivir con Él en su santo monte sino el inocente; es tambien misericordioso, y no cerrará las puertas de la celestial Jerusalem al corazon contrito y humillado. Mas entre tanto, si Dios no podia dejarnos en una incertidumbre desesperadora, conociendo lo débil del corazon humano y lo pro-

penso que está á la maldad, tuyo á bien inspirarnos terror sobre sus juicios inapeables. Está el hombre cierto que la inocencia y la penitencia lo llevan al cielo; pero no lo está ménos que quizás, entre mil llamados, pocos, ó quizás uno solo, son los escogidos. ¿Cuál debiera ser el resultado de estas palabras que Dios anuncia al hombre? Debiera éste conservar su inocencia como el garante de su eterna dicha; debiera, despues de haberla empañado, hacer los más agigantados esfuerzos para aplacar la ira de Dios y obtener reconciliacion y perdon. Sin esto su reprobacion eterna es infalible. Oidme, pues.

¿Qué es una alma inocente? ¿Qué una penitente? Aquélla es la que no ha manchado la blanca vestidura de la gracia, ni ha dado entrada en su corazon al crimen, ni ha sucumbido á los halagos de la carne, ni ha suscrito á la vanidad del siglo, siguiendo constante el camino de la virtud, hasta cerrar su carrera mortal con un acto de amor divino; ésta es la que tuvo la triste suerte de conculcar la preciosa flor del candor sobrenatural con que fué engalanada por el cielo en el dia de su regeneracion; mas vuelta en sí, aterrada por el horror del crimen, atemorizada en vista de los castigos eternos, contrita por haber rehollado al Dios amoroso, se ha humillado en presencia del cielo, ha llorado sus apostasías, ha satisfecho por ellas, ha enmendado su vida y persevera en el bien obrar hasta el fin. Una inocencia que se conserva, una inocencia que se repara por la compuncion y la penitencia, son las únicas vías por donde hemos de llegar á la gloria.

¿Y en cuál de estos dos medios colocaremos al mundo y á sus hijos? ¿En cuál nos hallamos nosotros? ¿En la inocencia? ¡Ah! Nunca tendremos suficientes lágrimas para llorar los primeros pasos que damos en la vida; entre tantos hombres justos como ha habido, muchos han pasado una larga vida sin ofender á Dios, pero ni

uno solo ha dejado de temblar, pues veia que el santo rey David se habia postrado mil veces y pegado su rostro al suelo, habia dirigido á Dios estas palabras de contricion: «Dios mio, no te acuerdes de los delitos de mi juventud, ni de mis pecados de ignorancia.» Nos ha dado Dios un corazon capaz de sensaciones, y cuantos objetos sensibles se presentan á nuestra vista, le dicen á este corazon que es el santuario del amor, pues Dios lo ha dotado de deseos casi inmensos, que no pueden saciarse sino en lo eterno é infinito, que es el mismo Dios. Cuando este corazon sale de las manos divinas, viene, es verdad, con el gérmen de lo malo; porque viciado el hombre en la masa criminal de su padre, propende á sacudir la influencia que ejerce en él la gracia; mas la inclinacion á lo malo no impide que reine en él la inocencia; reina, en efecto, y miéntras somos niños la limpieza del alma asoma por todas partes; una amable sonrisa la descubre, un candor sin ficcion la revela; el niño es como un ángel en su pureza; ama entónces sin mezcla de viles pasiones; vuelve cariño por cariño, amor por amor; ama á la madre que lo amamanta, al padre que lo tiene en su regazo, al hermano que lo divierte sentado á los piés de la que lo ha engendrado, y con este amor puro é inocente declara sin saberlo que ha sido criado para amar á quien merezca su amor. Si entónces no tiene su amor por objeto á Dios, es porque no lo conoce aún; mas así como la naturaleza le hace amar á sus progenitores porque le han dado el sér, mucho mayor es el motivo que tiene para amar á su Criador, tan pronto como su razon empieza á dar un vuelco en el espacio de la vida. Sí: el hombre viene al mundo inficionado con la culpa primera, mas al mismo tiempo es su alma un santuario de inocencia.

¿Qué hacemos nosotros de este candor? ¿Qué hacemos de la inocencia que nos da Dios en las aguas de la regeneracion? Por sus pasos contados va apareciendo la luz

de la razon, y los objetos mundanos se presentan á nuestra vista del mismo modo que registra el viajero, al despuntar del dia, las bellezas de un horizonte teñido en la alborada con las escasas luces de la aurora risueña, esclarecido al poco con las ráfagas del sol, y abrasado despues con sus ardores; vemos los tesoros de la tierra, registramos las hermosuras de la creacion, oimos los inventos de la vana curiosidad humana, nos lisonjea la adquisicion de la gloria del mundo, nos halaga la carne con sus regalos, van entrando en nuestro corazon la envidia, la emulacion, el deseo de lucir y de agradar; y como sucede á una fortaleza bloqueada insidiosamente, se nos toma por asalto la más preciosa prenda que hemos recibido del cielo; cae prisionera la inocencia entre las manos del mundo adulator, y es condenada al exterminio. Hacemos entónces el primer sacrificio de nuestro corazon, y se lo ofrecemos al mundo en sus mil y mil aras que tiene erigidas á la inmoralidad, á la disipacion y al vicio. ¡Ah! ¡Cuántos hombres inauguran el curso de su vida con crímenes atrevidos! ¡Cuántos hacen que una edad infantil, que debiera brillar entre las luces de la inocencia como el lucero de la mañana, se vea anublada por negros torbellinos, nada propios de la travesura de la juventud, ántes hijos de una malicia consumada! La naturaleza no tiene fuerza para consumir el pecado, y ya la malicia del hombre ha subido hasta la refinacion del libertinaje y hasta lo nefando de la orgía.

Pregúntese cada cuál á sí mismo; abra el negro cuaderno de su historia, y estoy seguro que la primera página apenas tiene una línea consagrada al Criador; al poco aparece la mentira, el fraude, la desobediencia, la impudicia, los juegos paliados con un manto fementido de inocencia, pero condimentados ocultamente con la sal de la iniquidad; más tarde aparecen las intrigas amorosas, las correspondencias lúbricas, las concurrencias

á saraos y teatros, las lecturas irreligiosas é inmorales, la sustraccion al suave yugo de la autoridad paternal, el desprecio de los consejos amorosos de una madre, la emancipacion de las doctrinas, y ¡qué sé yo cuántos crímenes forman el triste cuadro de la juventud del hombre! Parecerá que esta pintura tiene colores demasiado oscuros; yo no la he buscado, sin embargo, en el seno de los pueblos idólatras, ni entre aquellas naciones del antiguo mundo que entre los elementos de educacion primaria daban á sus hijos lecciones de maldad y prescribian á sus doncellas el sacrificio de su pudor en honor de una divinidad lujuriosa. Cuanto he pronunciado es la más exacta reseña de lo que da de sí el corazon humano, inficionado en la malicia que él mismo descubre, destruyendo la inocencia con que aparece en el horizonte de la vida.

Más tengo que decir aún, habiéndome tocado la suerte, quizás la desgracia, de vivir en el siglo de la incredulidad; hoy dia no parece sino que la atmósfera se halla impregnada de una pestilencia moral, que se introduce en el hombre con los mismos alimentos que sostienen su vida. ¿Quién es capaz de ponderar el exceso de la malicia humana en estos dias de prevaricacion universal? ¿Cuándo se habian visto niños de doce años escalados sobre ruinas, y teniendo en una mano la sanguinaria bandera y en otra la espada enrojecida, animando á los tigres humanos á devorar á sus contrarios, á saciarse en su sangre? ¿Cuándo presenciaron los hombres de las edades pasadas la dolorosa escena de ver á un jóven de tres lustros, ora introduciendo en su propio corazon el acero suicida, ora enterrándolo en el pecho de una persona adorada poco ántes? ¿Quién vió jamás esa tendencia, que hoy reina universalmente en la niñez y juventud, de emanciparse de las leyes religiosas y civiles, de sacudir el yugo doméstico, de no respetar ni progenitores, ni

templos, ni sacerdocio, ni pontificado, ni dignidad régia? ¿Habrá quien nos asegure que son inocentes esos jóvenes de ambos sexos que nunca tienen tiempo ni proporcion de instruirse en la Religion, en sus deberes, en las ciencias verdaderas; que dieran á su corazon un alimento sólido y viven siempre ansiosos de concluir esas lecturas infandas, donde ni el hombre se sacia, ni el entendimiento se ilustra, ni el corazon se consuela, y en que no se ven más que descripciones del crimen, fraudes, violencias, intrigas, asesinatos alevosos, envenenamientos vengativos, parricidios y sacrilegios?

No se me diga que he sobrecargado la materia ni de una tilde: decimos y hablamos lo que vemos y oímos; lo que es el hombre de resultas de sus maliciosas investigaciones, no es nada en comparacion de lo que da de sí viviendo en la atmósfera de la razon incrédula y respirando los miasmas de la corrupcion filosófica entre la cual habitamos. Hé aquí cerrado el primer camino de la predestinacion eterna; el corazon inocente no existe, porque toda carne ha corrompido sus caminos. Hay excepciones: en todos los estados la virtud tiene adoradores verdaderos; en medio de la idolatría del siglo actual, que ha doblado su rodilla ante las riquezas y los placeres, todavía existen más de siete mil que pueden reunirse en torno de ministros fieles del Señor, como en otro tiempo podian hacerlo al lado de Elías, en medio de la viciosa Samaria, y éstos aún adoran al Dios del Calvario. A éstos, si alguno tiene la dicha de hallarse aquí con la blancura de la inocencia, á éstos diré, con el ángel del *Apocalipsis*: *Qui stat, videat, ne cadat*. «El que se halla en pié, tenga cuidado de no caer.» ¡Almas puras, que habeis atravesado la peligrosa edad de la juventud sin haberos mancillado en los charcos de la lujuria, temblad, que aún puede tomar el mundo el cieno de su corrupcion y salpicar vuestra blanca túnica! ¡Hombres dichosos, que

tuvisteis la dicha de recibir una educacion cristiana, que frecuentais los Sacramentos, que estais consolidados en vuestras creencias, que no habeis puesto vuestro pié en los salones de los espectáculos, ni os habeis mezclado con los impíos; temblad tambien, que el mundo con su ciencia carnal intentará ofuscar las luces de vuestra fé y revestirse con capa hipócrita para turbar la paz del corazon, llamando á vuestra devocion fanatismo, y á vuestras acciones religiosas supersticion. *Qui stat, videat, ne cadat*. Miétras conserveis vuestra inocencia, sois hijos de Dios, y siendo sus hijos os diré con el divino Pablo: sois herederos de su reino y coherederos de Cristo, y, por consiguiente, no sólo sois llamados, sino tambien escogidos.

Pero ¿sois tan dichosos que hayais conservado la inocencia? ¡Ah! Todos hemos andado errantes, como ovejas sin pastor; cada cual ha marchado por las sendas que le ha mostrado su corazon pervertido. Nos queda, sin embargo, otra senda que nos lleva á la felicidad perdida por el pecado, y es la penitencia. Voy á delinearos vuestra propia vida, y la pondré en contraste con la vida que debe llevar el que se humilla por haber delinquido. Voy á bosquejar el cuadro, y si os encontrais en él, temblad.

Es un necio, dice el sábio, quien diga que todo lo antiguo era bueno, y todo lo moderno malo; todo siglo ha tenido errores y crímenes, y en las épocas más brillantes de la luz, de la revelacion, se veian cuerpos opacos empastados en tinieblas; Judas es un infame en medio de once compañeros, modelos de virtud y honradez; Ananías y Safira dos avaros y mentirosos entre muchos miles de creyentes generosos y sinceros; Simon Mago es un sacrilego, viviendo en el seno de almas santas; otros cuantos hombres se pervierten en la doctrina y en la moral despues de haber visto á los mismos Apóstoles y recibido de su mano la sagrada uncion del Pontificado.